

MADRID

JORGE ANTONIO DAS MORTES

Alto, morecho, elegante, Jorge Antonio parece haberle ganado la partida al tiempo. Se empeña en tener 39 años, la edad que lucía cuando, en marzo de 1957, fugara del penal de Río Gallegos. Su vida en el ostracismo se nutre de almirados periplos junto a su esposa Esmeralda y algunos de los once "pichones". Estados Unidos, el resto de Europa y África son las postas, pero los motivos son siempre los mismos; negocios y política. Como considera lo primero un tema tabú, resulta fácil a un periodista acceder a lo otro. Sin embargo, para desmentir los rumores de su quiebra financiera, hace una excepción y confía a PRIMERA PLANA: "Mire esto; no para divulgar", pide. Abre una carpeta y la extiende sobre el escritorio. Aprobado por el Senado norteamericano y en sociedad con una compañía internacional, será responsable de una frondosa red caminera próxima a comenzar.

Más tranquilo, arrellanándose en el sillón, advierte que tanto lustre apenas lo roza. Es un decir; personajes poderosos y apellidos ilustres comparten cotidianamente su amistad en ascéticas (ni bebe ni fuma) libaciones, cuando no en menesteres más provechosos.

La semana pasada, mientras la ebullición peronista en Puerta de Hierro alcanzaba su punto máximo, en su oficina de La Castellana 56, en el residencial barrio de la Salamanca, no rehusó aportar su testimonio, vehemente, casi intuitivo. Atacó matices y posiciones —aun las de su propio partido— y llegó a conclusiones alucinantes.

"Hay de todo en política, es natural. Pero a veces debemos dar un voto de confianza. No siempre a los peronistas se los puede medir con la misma vara", presume. "Cualquier esfuerzo para unir a los argentinos debe ser digno de respeto. Por eso considero que algunos de los que participan del Encuentro Nacional de los Argentinos son merecedores de crédito. Máxime, el caso de Jesús Porto (conversó dos veces con Perón durante su visita). La actitud de Porto es coherente con su línea de conducta. No me olvido que en 1955 ningún abogado argentino se atrevió a defender a los peronistas. Hubo dos excepciones: Pedro Agrelo —al que metieron preso en Ushuaia— y él. Desinteresado y en forma valiente, después que nos escapamos a Santiago de Chile, viajó hasta allí para asumir nuestra defensa.

Con la misma prontitud se explaya sobre otros sectores. "Antes hay que preguntarse algo —se entusiasma—: «¿No primará sobre ellos el ser argentino? ¿Serán conscientes de lo que se avecina en la Patria?» A esta oficina —continúa— llegan cantidades de jóvenes en busca de algo sano; hartos de politiquerías, de mentiras. Uno ve en ellos la disposición de encontrar salidas correctas y, por encima de todo, el afán de eliminar a los políticos caducos que increíblemente sobreviven; esos que se largan a opinar cuando los únicos lauros que cosecharon son una ristra de fracasos. Son los mismos que mandaron centenares de patriotas a la cárcel y suprimieron al peronismo de la vida pública. ¿Con esa gente, acaso, puede llegarse a un acuerdo?", interroga, mientras aprovecha un ejemplar de PRIMERA PLANA N° 437 para golpear el escritorio.

Inevitablemente su panoplia verbal desembarca sobre La Hora del Pueblo: "La considero exánime, caduca; pero si dentro de la coincidencia hay hombres probos, poseídos de buena fe —no importa el color político—, es necesario respetarlos y rescatarlos. Los demás

se van a derribar solos", minimiza.

También se muestra escéptico respecto al proceso institucional: "Detrás de todo eso hay trampa, y los tramposos quedarán pronto al descubierto". Sin embargo no subestima la posibilidad de que el peronismo se institucionalice "en comicios donde se respete la voluntad de los argentinos, pero en serio. Hay quienes todavía no han aprendido la lección. Fíjese en las nuevas medidas represivas (Ley 19801) —enfatisa—; hablan de concordia, de pacificación, mientras que por el otro lado nos amedrentan con acciones coercitivas".

Y agrega: "Los mismos que conspiraron contra nosotros, se han dado cuenta que somos la única solución. Lástima que en este tiempo han desquiciado el país. ¡Qué va!, ni siquiera se respetan entre ellos mismos. En un año cambiaron tres Presidentes. Pero no es nada... ¿Y los vaciamientos? ¿Y la desnacionalización de empresas y bancos? Ya ve, amigo, todo favorece al proceso de cambio que inexorablemente debe cumplirse. La juventud reacciona, porque se siente defraudada, avergonzada", masculla.

Fatigado por el soliloquio, repara en un contrato que aguarda su firma en otro salón. Recién entonces el periodista se gana un respiro para apreciar las paredes festeadas de pinturas equinaas, con trofeos de golf y turf (los hobbies favoritos de Antonio) y el cansino jadeo del negro *Garufa*, su caniche preferido.

Cuando vuelve, el ejemplar de PRIMERA PLANA le hace reparar en Latinoamérica. "Todos los países del Cono Sur están en plena transformación. Hasta Brasil aparece con la nueva —comenta—, pero no olvide que su población se muere de hambre y permanece en la mayor indigencia, mientras los sectores minoritarios gozan de los privilegios. Cada nación, por lo menos, se desarrolló a su manera. Yo no sé en qué piensan los militares argentinos."

De súbito, yergue la cabeza: "¿Sabe dónde está el peligro? Pues, en Chile. Con la victoria de Allende, se ha convertido en el centro de la guerra fría. Es el único país latinoamericano que mantiene un pacto de ayuda militar con Estados Unidos. Con el correr del tiempo, utilizando el pretexto de la gran cantidad de chilenos que trabajan en la Patagonia, nos van a invadir", delira.

"Ese es el objetivo de los rusos, que además, tienen gran influencia en Chile. Quieren controlar el Pacífico y para apropiarse de esa alacena que es el continente, especialmente la Patagonia y la Antártida, transformarán el Sur argentino en un Vietnam americano. ¡Claro que sí, usando a los chilenos! Eso está dentro de los planes de la repartija internacional, en la estrategia geopolítica de los dos imperialismos."

Pero no hay cuidado; de venir a la Argentina, lo primero que hará "es ir a comer al *Tropezón*". Será un alivio. ⊕